

MIS OCHENTA AÑOS EN EL MUNDO Y EN LA IGLESIA, ACOMPAÑADO POR EL HERMANO CARLOS DE FOUCAULD

Proemio

La Fraternidad Sacerdotal “*Iesus Caritas*”, perteneciente a la familia espiritual del beato Carlos de Foucauld, ha solicitado a los presbíteros miembros de la misma, en clima de revisión de vida, la respuesta a un cuestionario que recoja la triple situación personal de cada uno en lo social, lo eclesial y la experiencia fraternal. Las preguntas concretas de dicho cuestionario/revisión, son las siguientes:

- 1.- Cómo la realidad política, social y cultural de mi país influye en mi vida real y en la marcha de mi fraternidad.
- 2.- De qué modo y en qué medida en mi diócesis (parroquias, comunidades, etc.) la *Evangelii Gaudium* viene inspirando e iluminando el llegar a ser **una Iglesia de salida a las periferias**. Qué obstáculos se presentan.
- 3.- Cómo los medios propios de la espiritualidad foucauldina (revisión de vida, día de desierto, adoración eucarística, meditación de la Palabra y estar con los pobres), son vividos en relación con mis responsabilidades pastorales.

Al ponerme a responder a este cuestionario, pensando que se trata de compartir con hermanos presbíteros de muy diversos países y situaciones sociales y culturales, me sentí llamado a una gran sinceridad, a ir a lo esencial en la respuesta a lo preguntado. Y así, evitando lo teórico y convencional, cuidar que mi respuesta sea un testimonio en diálogo con otros testimonios.

Confío en que cuanto queda dicho a continuación, en cada uno de los tres aspectos tratados, sea recibido con la indulgencia comprensiva de quienes reconocen lo difícil que es hablar uno de sí mismo, sin lagunas de olvidos substanciales y sin excesos de valoraciones subjetivas. He intentado ser yo mismo en todo lo expuesto. He cuidado al máximo que aparezca igualmente mi ser parte del Mundo y de la Iglesia. A ambos los amo tanto que, no sé ser cristiano si no es buscando siempre al uno en la otra, a la Iglesia en su ser para el Mundo. Ni Dios representa nada para mí sin el Mundo, ni puedo ver al Mundo nunca lejos de Dios.

1ª parte: Lo humano

Soy un cura secular jubilado, con ochenta años de edad y cincuenta y dos de ministerio. Desde la muerte de mi última hermana, con la que he convivido los diez últimos años, ocurrida hace un año y cuatro meses, vivo solo; no tengo familiares cercanos ni íntimos. Cuento con un ingreso ligeramente superior a los mil euros mensuales, de los que tengo que descontar cuatrocientos de hipoteca y doscientos para la mujer que me ayuda en la limpieza de casa y ropa. La verdad es que, con pequeñas y esporádicas ayudas de servicios puntuales que se me piden, me defiendo muy bien económicamente. Y en cuanto a la soledad íntima, mi afición a la lectura y a escribir, llena tanto mi vida que, junto a la oración diaria y puntuales encuentros amistosos y fraternos, no me encuentro jamás solo, ni me tienta ningún tipo de amargura o temor presente ni futuro.

Social y económicamente estoy situado, pues, entre las clases populares. Mi trato y amistad es generalmente con las personas de mi entorno de parroquia y de barrio, amén

de unos pocos conocidos de la infancia y juventud (pues vivo en mi pueblo natal) con quienes conservo *buen rollo*. Disfruto de mucho tiempo para mí, cosa que siempre desee, y considero ahora el mayor regalo de mi ancianidad. No obstante, por mis dificultades de salud, visuales y locomotivas, echo mucho de menos mis largos paseos por lugares de naturaleza abierta, paisajes que me aportaron descanso en el espíritu y renovación para la lucha.

Mi mentalidad política es de izquierdas, y yo nunca lo oculto. Esto hace que me encuentre más acogido por aquellos vecinos, creyentes o no, que están en la misma línea de pensamiento. Pero, ciertamente, me aleja mucho de las élites eclesiales que, tan frecuentemente, son de ideología conservadora y neo liberal. Mi izquierdismo nunca ha sido de partido; pero habiendo nacido al calor de la JOC y de la HOAC, siempre ha estado vinculado con los problemas de las clases más desfavorecidas y sus luchas de liberación, que me han parecido llamadas y exigencia del Evangelio del Reino. Mi predicación, sobre todo dominical, intento sea una iluminación sobre la inviolable dignidad humana y la defensa de los derechos que de ella se derivan.

En un momento histórico como el nuestro, de un Occidente conducido por la ley del más fuerte, bajo el imperio del capitalismo salvaje y embarcado en una globalización desde arriba, es decir, dirigida y orientada por los intereses del dinero en manos de pocos..., soy consciente de la inmensa siembra de dolor y de muerte que todo ello conlleva. Mi impotencia ante tanta violencia, tanta muerte injusta, tanta marginación de débiles y desposeídos..., me conduce con frecuencia a un sufrimiento (incluso físico) que se me hace insoportable. Sólo la fe en un Dios que salva por encarnación, un Dios que muere con todo el que muere aplastado por la bota del poderoso, y lucha codo con codo con todo el que lucha por un mundo justo y fraterno, me mantiene en la esperanza, con la certeza de que los pobres de este mundo nunca están separados de Dios, o si se prefiere, que Dios nunca está lejos de los pobres.

Mi último argumento ante (junto) el sufrimiento de los últimos de este mundo es saber que el Dios de Jesús ha elegido para sí ese mismo *último lugar*; desde donde se desprenden estas dos conclusiones de fe: primera, que en lo más hondo de su dolor, todo humano que sufre en su amor a la vida y en la lucha por defenderla, se encuentra vivamente con el amor de Dios, en esa profundidad del ser donde los razonamientos apenas cuentan, pero subyace la afirmación del mismo contra todas las amenazas de absurdo y sinsentido. Segunda, que nadie puede creer en el Dios que salva por propia encarnación en la miseria humana, sin bajar al encuentro de dicho Dios, solidarizándose con el dolor de los oprimidos y empeñando lo mejor de sí en la tarea de una sociedad igualitaria y fraterna.

Este modo de pensar, sentir y actuar movido por la fe en un Dios que salva dando al amor el único poder salvífico posible para los males humanos, me ha liberado de estériles pesimismo, lastrante desesperanza, al igual que de evasiones optimistas, cual si la respuesta a tan graves males de tan vastas y mortíferas consecuencias, estuviera sólo en manos de Dios, sin mi propia específica participación.

Al sufrir con mis hermanos y hermanas azotados por la insania de otros/as hermanas/os, me veo obligado a reconocer mi parte de culpa en tales daños; a la vez, a confesar públicamente que yo no soy el salvador, que no poseo las armas y remedios eficaces: lo que me obliga a ser humildemente realista. Y me aboca a seguir proclamando que sólo

el amor vence al odio, y que hay mucha vida en tanta muerte violenta, en tantas vidas entregadas (sacrificadas) al bien de otras vidas.

Enfrentado con los propios sufrimientos de mi existencia, el más reciente, regado por innumerables lágrimas, de la larga y dolorosa enfermedad de mi última hermana, y la especial conciencia de soledad que me embargaba al encontrarme en la vida sin lazo alguno de sangre familiar..., he de confesar que mi relación con Dios en tales trances, ha sido el vehículo para llegar a afirmar el valor del ser por encima de cuanto intenta negarlo. He entendido que esta es la fe verdadera: la que te permite amar la vida en el corazón de tantas muertes.

Finalizando este punto de mi situación humana actual, sólo quiero añadir, cual resumen y coronario, que, una vez que la experiencia de fe me condujo a no poder ver a Dios separado de nada humano, toda entrega a lo humano me une más conscientemente con Dios. He llegado a no poder separar los conceptos “divino” y “humano”. Hasta el punto de que, en mi vida ordinaria, es donde me encuentro más íntima y gozosamente unido a Dios. Un Dios que se identifica conmigo, con todo lo mío, sin dejar de ser Él mismo. Un Dios identificado con todo valor y carencia humanos, que me llama a abandonarme en Él, confiando en su Misericordia siempre presente, siempre actuante, como la fuerza que me da el valor de ser y de seguir en la brecha de un mundo mejor, del Reino.

2ª parte: Lo eclesial

Tras largo invierno eclesial, vimos amanecer en la Iglesia Católica una nueva primavera, con la llegada de Francisco como obispo de Roma. Su exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, hizo saltar mi corazón de alegría. Decía en ella mucho de lo que veníamos diciendo laicos y pastores que disentíamos de la marcha general de nuestras Iglesias en las tres anteriores décadas. ¡Qué bocanada de aire evangélico la que llegaba a mis pulmones leyendo, página a página, el texto programático del papa Bergoglio! Confieso, con rubor de aprendiz, que me parecía haber escrito yo mismo muchos de aquellos párrafos. Todo cuanto después nos ha ido viniendo de este papa, incluidos su estilo pastoral y talante personal, ha confirmado a muchos -entre ellos a mí- en la confianza de que el Cristianismo está vivo y tiene en sus entrañas gracia y coraje para contagiar al mundo elementos de felicidad y libertad, de sana convivencia y respeto a la dignidad humana, entroncados con la fe en el Dios de Jesús de Nazaret.

A mi parecer -del que me encantaría estar equivocado-, todavía (y ya han transcurrido más de tres años), no se ha movido nada en la línea de la *Evangelii Gaudium*, ni en mi diócesis, ni visiblemente en la Iglesia del Estado Español. ¿Es tan difícil dar pasos notorios hacia los planteamientos evangelizadores que propone el papa? ¿Tan pesado es el aparato eclesial en sus tradiciones, normas y estructuras, como para necesitar mucho tiempo, mucho esfuerzo humano y mucha buena voluntad, a fin de desmontar tanta carga inútil de prejuicios e intereses ocultos?

No quiero dejarme llevar por la impaciencia estéril. Pero creo que existe otra impaciencia sana y fecunda, de la que me gustaría ver animado el medio eclesial que me rodea. Si en largos periodos he sufrido por/con la Iglesia de Cristo, viéndola dar palos de ciego en objetivos tan delicados como: la evangelización de los pobres, la promoción de un laicado adulto y plenamente participativo, la formación de los futuros ministros ordenados con espíritu de servicio pastoral más que de dominio clerical, y una predicación (tanto en los documentos oficiales como en los púlpitos) encarnada en la

cultura de hoy y en la sensibilidad de las nuevas generaciones (que tanto necesitan ser evangelizadas)...; hoy mi sufrimiento es considerar que, teniendo un papa destacadamente evangélico, no ya simplemente un buen político eclesial, ni sólo un buen intelectual empapado de la más segura teología..., las bases responsables de las Iglesias locales parecen ignorarlo, cuando no disimuladamente temerlo.

Se comprenderá que si digo tales cosas en un examen de conciencia compartido con hermanos, es la voz profética del bautismo la que habla en mí. No busco nada que pudiera parecerse de lejos a beneficios personales. Mi amor al evangelio del Reino, del que cada día estoy más enamorado por encontrar cada día en él luces nuevas para alimentar mi fe en Dios y mi solidaridad con la marcha de este mundo, me conduce a esperar de mi Iglesia nuevos rumbos, más acordes con los tiempos que corren, consciente de que el evangelio sólo transforma la realidad humana de acuerdo con los valores del Reino, cuando es *levadura en la masa*. Tal es mi llorar más frecuente: ver una Iglesia demasiado instalada en sí misma, en su defensa y mantenimiento, en lugar de salir de sí (como nos pide Francisco) a los *arrabales y periferias* donde el dolor humano es mayor y el conocimiento del amor de Dios sería el mejor antídoto.

Y añadiría, en honor de la justicia, que, no faltando, como no faltan, personas, grupos y acciones que se mueven en esta línea de compromiso liberador y anuncio del Evangelio en las encrucijadas de la historia..., añadiría que, si en el seno de las iglesias locales se estableciera un diálogo abierto, unos podríamos aprender de otros, haciendo realidad la comunión de los diversos dones y carismas en la humildad de no creernos ninguno en posesión de la verdad plena. Tal diálogo, intercambio de experiencias en el conocimiento de Dios y en el servicio a la vida, es lo que más he pedido a mis obispos mientras he permanecido oficialmente en la tarea diocesana. No termino de comprender, siendo la Iglesia como es una cuestión sinodal, es decir, una tarea programada, realizada y revisada en común, sin exclusiones del sano pluralismo..., no termino de comprender por qué los obispos con quienes he tratado han tenido tanto miedo al enfrentamiento de opiniones y a la crítica intraeclesial, siempre que ésta no consista en una defensa de ideologías ni intereses privados.

Como dije en el apartado anterior, escribo esto en la etapa final de mi vida, tanto temporal como de pertenencia a la Iglesia Militante. *Estar con el pie en el estribo*, le permite a uno ser más franco y le exhibe del miedo a las consecuencias. Si bien, es fácil reconocer que no ha sido el miedo pasión dominante en mis sentimientos y actitudes. Me ha causado mayor preocupación la soledad, el aislamiento; sobre todo he tenido pavor a ser un francotirador en la tarea pastoral. Aprendí en los Movimientos Apostólicos, en las Comunidades de Base, y, en menor proporción, pero también en las Fraternidades del hermano Carlos, que, la eficacia evangelizadora radica más en el testimonio de una comunidad o grupo en acción, que en los valores personales de los individuos que la integran. De tal modo que, si falla el testimonio comunitario, la actividad de los líderes, por rica que fuere en valores de generosidad y entrega personales, no alcanzará a ser siembra evangelizadora.

Ser Iglesia, para mí, ha sido, cuando posible, trabajar en equipo. Mi experiencia de formar parte de un grupo de laicos y ministros ordenados, aunando fuerzas y criterios en pro de la evangelización de una parcela concreta de sociedad, es, sin duda, lo mejor y más reconfortante de mis cincuenta y dos años de vida como cura. Pero también la vivencia del poco o nulo apoyo de la jerarquía eclesial a este tipo de trabajo pastoral, ha constituido para mí una fuente de sufrimiento muy lacerante. Después de haber

comprobado que el trabajo en equipo hace Pueblo de Dios, me he resistido a ser, en cualquier tarea pastoral, el *jefe*, responsable único, director de empresa o algo similar, como en las últimas décadas -pero sin ser exclusivo de ellas- he visto proliferar como talante de los ministros ordenados. Mi horror al clericalismo me convirtió en un cura atípico, pero también en un tipo raro a quien mantener a distancia, para bastantes de mis hermanos en el ministerio.

Hoy, leyendo y releendo la *Evangelii Gaudium*, me siento muy dentro del corazón del papa Francisco, y, por ello mismo, veo el conjunto de mis años eclesiales empapados de una luz que les viene de haber creído en el Evangelio del Reino, y haber comprendido que las Iglesias cristianas nada son si no saben ser su instrumento conducido por el Espíritu del Resucitado. Me considero al servicio del Reino. Y trato de vivir en la Iglesia esa comunión con el Dios Trinitario, que me hace hijo, hermano y servidor en la alegría de la fe y del gozo del amor.

Con todo, pese a la difícil y escasa recepción del Vaticano II, hace cincuenta años, y de la *Evangelii Gaudium*, en estos mismos momentos, no quiero (ni puedo) caer en la amarga decepción que acompañaba a los discípulos de Emaús, cuando decían. “Nosotros esperábamos..., pero ya ves...”. Yo, que partiré en un corto tiempo, siento que el Evangelio de Jesús es tan hermoso, tan necesario para este mundo, que espero y confío en el amanecer de una Iglesia enteramente al servicio del Reino. Y en los momentos más lúcidos de mi conciencia, momentos de intimidad con Dios, no dejo de ver por doquier chispazos de realización de ese Reino que siempre está viniendo a nosotros, que está ya en medio de nosotros.

3ª parte: En el carisma de Carlos de Foucauld

La Fraternidad Sacerdotal “*Iesus Caritas*”, en su espíritu de **Nazaret en todas partes**, y con los medios que propone para conseguirlo, ha sido a lo largo de mi existencia ministerial, no sólo poderosa ayuda y estímulo, sino incluso el eje dinamizador de toda mi vivencia cristiana. Aunque no hubiera llegado a ser ministro ordenado, Carlos de Foucauld habría venido a ser buen acompañante y amigo en mi seguimiento de Jesús. Precisamente, una de las primeras cosas que aprendí del hermano Carlos fue que no debíamos ver en los santos otra cosa que a testigos del Evangelio y acompañantes en el seguimiento de Jesús. Jesús es *Modelo único*.

Lo que, poco a poco, fui descubriendo en sus escritos espirituales y en los de sus comentaristas, me condujo a entender -también poco a poco mejor- que el Evangelio del Reino no es una doctrina a asimilar con sus postulados de un dogma, una moral, un culto y una jerarquía. Los elementos esenciales del seguimiento de Jesús, que en sus meditaciones sobre la Biblia fue asimilando el monje, el sirviente de la Clarisas y el misionero del Sahara, tales como la **imitación amistosa de Jesús**, pobre obrero manual; su predilección por los pequeños y últimos de la sociedad; la ocupación del **último lugar**, como el más apropiado para conocer a Dios y servir a los hermanos; y el profundo sentimiento de **fraternidad universal** que de todo ello dimanaba..., me llevó a la conclusión, en mis años de seminario conciliar, de que si me ordenaba presbítero, habría de serlo en esta síntesis foucauldiana: la contemplación, la fraternidad y los pobres.

Siento que la vida de Nazaret, bien entendida, es la que vivió el profeta galileo desde el hogar familiar hasta su muerte en cruz. Se engañan quienes piensan que Nazaret es

sinónimo de vida oculta. Nazaret, entendido como vida escondida en Dios, pertenece por igual al conjunto de las tareas misioneras como al quehacer de la vida monástica. Nazaret es la encarnación de Dios en la vida ordinaria, la vida que a cada uno le ha tocado vivir. Yo, como pastor, he de vivir en Nazaret haciendo del conjunto de mis dedicaciones una encarnación cordial, amistosa, servicialmente humilde, con la parte de pueblo que se me ha encomendado. Todo tipo de distinción jerárquica, de privilegios relacionados con el bienestar económico y social, y de actitudes autoritarias de mando, rompe el vínculo fraternal que es el hilo conductor de la vida en Nazaret y garantía de la eficacia evangelizadora.

Aunque a alguno parezca un detalle insignificante, para mí, el que me llamen “don” y me denominen “padre”, me resulta molesto, como si me alejara de quienes así gustan dirigirse a mí. He procurado ser lo más cercano posible con las gentes sencillas, en el hablar, vestir, comer... Y respetando en todos su ser persona, hijos de Dios, no tengo en mi haber grandes amistades con poderosos de este mundo. He pretendido siempre poder decir, más con los hechos que con las palabras, *los pobres son mis hermanos*.

A modo de ejemplo: en una de las últimas parroquias que acompañé, se me presentó un señor ofreciéndome una cantidad considerable de dinero, según él, para lo que yo quisiera emplearlo. De inmediato le dije que ese dinero lo podía entregar a Cáritas, donde haría un buen papel, o a otra institución benéfica, si él así lo prefería. Y al insistir que aquel dinero él me lo daba a mí, personalmente para mi libre decisión, para lo que a mí me gustase hacer con él, aunque fuese darlo de inmediato a Cáritas, yo le rogué que lo hiciese él mismo, que bien poco le costaba hacerlo. Recuerdo que se fue muy enfadado, sin aceptar mi propuesta.

Mi reacción ante la oferta de este parroquiano fue por mi parte muy espontánea. Por eso me tuve que preguntar, ¿por qué he actuado así? ¿No habría debido darle las gracias, y entregar ese dinero yo personalmente a Cáritas parroquial? ¿No desprecié una suma que podía haber remediado necesidades reales de gente humilde?

No tardó en volverme la paz al corazón. Si hubiera aceptado aquella sabrosa cantidad, habría sido el dueño de ella y representante del mundo rico que da a los pobres de lo que le sobra. Cosa que me repugna por la injusticia que trata de ocultar con tales actos dadivosos. Yo defiendo hoy como entonces que Cáritas no es una institución, al menos principalmente, de beneficencia social, sino de acogida fraterna, solidaria, de promoción humana y de lucha contra las causas de la inicua desigualdad.

Además, no aceptar un dinero de oscura procedencia, como debía ser aquel (¿por qué, si no, ese empeño en dármele a mí personalmente, mediando el sigilo y discreción pastoral?), para un fin bueno, avivó en mí la conciencia de que el destino, por noble que fuere, no justifica los medios. ¿Tomó Jesús el dinero del publicano Zaqueo para repartirlo él mismo a los pobres de su entorno? Todo auténtico evangelizador debe llamar a la conversión del corazón, sin derivar en tranquilizar conciencias ante las situaciones de injusticia. A mí sólo me restaba no mirar con malos ojos a aquella persona, no emitir en mi interior ningún juicio condenatorio, y reconocer con dolor de hermanos aquello de que *¡cuán difícil le es a los ricos reconocer los valores del Reino!*

Que un pastor debe orar mucho por las necesidades del pueblo, no significa hacerlo sólo por la miseria económica o la falta de salud corporal, sino, al menos con la misma

intensidad, por las carencias morales y espirituales que constituyen la mayor miseria humana, la que, a mi parecer, hacía sufrir más a Jesús de Nazaret.

El Nazaret de un párroco (o similar) es conocer de cerca los problemas y situaciones de todo tipo que hacen afectan a la vida de su gente. Un buen pastor que vive en Nazaret se siente (y se sienta) muy cercano al lecho del que sufre. Lleva consigo todo tipo de males que aquejan al pueblo a su oración y celebración diarias; pero sobre todo, no intenta evadirse de tales situaciones, en cuyo corazón ha de sembrar la semilla del Reino. Una predicación y catequesis que no parten de los problemas más acuciantes del medio social en que se proclama el Evangelio, será sólo indoctrinación sin poder de transformación social ni cambio de mentalidad hacia un auténtico sentido de la vida y una imagen de Dios cada vez más acorde con la que vivió Jesús en el Nazaret de toda travesía temporal.

Nazaret es, por tanto, una *presencia poderosa en obras y palabras*. Presencia que resulta del todo imposible si no se funda en la **pobreza de medios**, que supone poner la confianza en el espíritu de las Bienaventuranzas evangélicas, antes que en la profusión de instrumentos técnicos y publicitarios, más acordes con actitudes competitivas y de lucha por el poder. El poder, la eficacia, de las obras y palabras que edifican el Reino de Dios en este mundo, brota de un *corazón manso y humilde*, como el de Jesús, que sólo busca la voluntad del Padre, convencido de que en dicha voluntad se encierra el bien de todas sus criaturas; aceptando que la búsqueda sincera de la voluntad salvífica universal de Dios, irá frecuentemente acompañada de marginación y asechanzas por parte de los poderosos de este mundo.

La Iglesia se hace evangelizadora cuando se instala en Nazaret. Participa solidariamente en los movimientos populares que claman por una sociedad más justa. Cuando mantiene esa actitud profética que señala *los signos de los tiempos*, como lugares en que el Espíritu del Resucitado está trabajando y nos llama a colaborar con Él, en la consecución de ese mundo mejor siempre posible.

Nazaret es la más firme alianza entre el sufrimiento de los pobres de este mundo y la certeza de que Dios nunca los abandona en sus afanes diarios por defender su vida contra tantos poderes de muerte que la asedian. Es en la fidelidad a lo pequeño de la vida ordinaria, en la respuesta a lo que la vida real me pide en cada momento, donde el humano que la vive con fe, puede encontrarse con una presencia y una fuerza de lo alto que no es posible hallar en ningún otro lugar. Nazaret te dice: quien no encuentra a Dios en el corazón de la vida tampoco lo podrá hallar en ritos y plegarias religiosos.

Nazaret es, como suma de todo lo dicho, vivir en gratuidad. Darse sin pedir nada a cambio. Ahondar en el gozo de haber conocido al Dios de Jesús, y haber experimentado en su intimidad, en su confianza y abandono, la riqueza que te conduce a renunciar gozosamente a todo otro tipo de bienes que este mundo promete a cuantos doblan su rodilla ante un sentido de la vida basado en la ambición de tener, de poder y de imagen pública. Quien vive en Nazaret gusta pasar desapercibido, y, cuando por deber de conciencia tiene que actuar entre sus hermanos, no anhela sinceramente más fruto que el de que Dios sea conocido como origen y fuente de todo bien.

Sé que hoy vivo en Nazaret por lo mucho que sufro con las situaciones masivas de inequidad en nuestra hora histórica mundial. Me atrevo a decir con Pablo: ¿Quién muere víctima de la violencia insana, sin que en mis entrañas se paralice la vida, se bloquee la

alegría de vivir y me embargue el deseo de no haber nacido, pues ¡cuánto mejor no haber venido a este mundo, para no tener que ser testigo de tales sinsentidos y atrocidades que el ser humano comete contra otros seres humanos?

Y sé que vivo en Nazaret por lo mucho que sufro hoy por la Iglesia y con la Iglesia, como hijo que pretende ser fiel; como miembro que se sabe responsable, enviado a dar al mundo la Buena Noticia de un Dios cercano a todo lo humano, ese Dios más humano que el mismo ser humano. Y constatar que la hermosura fascinante del Evangelio, queda ensombrecida, inaccesible en muchas situaciones a las gentes sencillas *-ovejas sin pastor-*, entre las manifestaciones de una Iglesia fastuosa en ropajes del pasado, muy pagada de sus poderes heredados de tiempos muy alejados de los nuestros y entre gentes que ya no la reconocen como madre y maestra.

Esta Iglesia que continúa sacramentalizando sin antes haber evangelizado. Esta Iglesia de clérigos y laicos en estamentos separados, con dependencia de los segundos bajo la indiscutible autoridad de los primeros. Iglesia, que es la mía, y por eso sufro, donde los espacios y medios para iniciar a los bautizados en la **experiencia mística**, ni siquiera en el día de hoy se ha planteado con eficiencia, pese a las insistentes llamadas que viene haciendo Francisco, desde el comienzo de su misión como sucesor de Pedro, a que busquemos en la oración y en el cultivo de la vida interior el alma de todo apostolado.

Muy mermado en actividades por el peso de los años, pero muy hondo en el sentimiento de pertenencia y participación en la marcha del mundo y de la Iglesia, es cierto el mucho sufrir, como queda dicho, pero también el mucho gozar. Es el gozo de encontrarse con Dios en **el último lugar**, convencido de que es allí donde nos espera para el abrazo más amoroso y fecundo. Gozo también de caminar por **el desierto**, la vida como éxodo permanente, donde si la fe no es tu agua viva, seguro que perecerás en la travesía sin haber alcanzado la verdad de tu ser hombre. Gozo de los **silencios prolongados** que conducen a las palabras esenciales, palabras de confianza, consuelo y estímulo. Y la **adoración permanente** al que es más grande en su Ser Amor, que todas las vicisitudes sembradoras de inseguridad y de miedo en las encrucijadas del camino. El gozo de una vida en Nazaret fortalece para hacer frente a los riesgos inevitables del seguimiento de Jesús, sin renunciar a su cruz de fidelidad a sí mismo y de compasión con los débiles y afligidos.

El gozo de vivir en Nazaret, **Nazaret en todas partes**, es fruto de la fe en un Dios que, siendo el Absoluto, el totalmente otro, a cuyo lado todo es relativo en el sentido de que *sólo Dios basta*, ha querido ser al mismo tiempo el que **salva por encarnación**, metido a fondo en toda realidad humana. Me encuentro con su Ser sublime, que no cabe en medidas ni conceptos temporales, dentro de mí mismo y en mi relación de cordial servicio con cuanto es vida en mi entorno. Imposible conocer y gozar del Dios de Jesús sin el espíritu de Nazaret en todas partes.

Despedida con posible necesidad de perdón

Vivo en un inmueble de 69 viviendas, por cuyo número ha sido llamado Edificio Eros. Soy uno más, creo, sin destacar en nada por arriba ni por abajo. Participo en la comunidad de vecinos. Intento saludar amablemente, sin necesidad de forzarme en nada, a los vecinos que me tropiezo en pasillos y ascensor. Tengo una especial ternura hacia los niños, que son mayoría, pues se trata de un edificio poblado por jóvenes parejas. Padezco en el día a día los ruidos del patio interior, de los animalitos de compañía, y otros que, con frecuencia e inoportunidad, interrumpen los ritmos de mi

meditación y mi descanso. Mi reflexión me dice que mis necesidades no son las mismas de mis vecinos de edificio, y que si no los acepto tal como son, imposible pretender vivir en Nazaret, hacer fraternidad, ser testigo de ese Dios que es Padre de todos, está en todos y nos da algo suyo a través de cada uno de los hermanos.

Me doy cuenta, al acabar el párrafo anterior, de que mi reflexión sobre el cuestionario del Encuentro Mundial en Bangalore-2019 de la Fraternidad Sacerdotal “*Iesus Caritas*”, puede resultar todo menos una respuesta para la elaboración de un documento orientativo para las fraternidades de curas del hermano Carlos. Al sentirme muy personalmente motivado por su temática, me he dejado llevar de la pluma (mejor, del teclado *Microsoft Word*) que es un viejo pecado mío, dando rienda suelta a cuanto bullía en mi corazón. El resultado, que ahora me atrevo a ofrecer a los hermanos, ha de ser visto como la expansión de una mente y un corazón de ochenta años, que se va despidiendo de las cosas más queridas de su paso por este mundo. Ha de verse, en primer lugar, como **acción de gracias** al Padre por el regalo del testimonio de Carlos de Foucauld, basado en una vuelta actual al Evangelio de la pobreza, la humildad y el servicio; pero también debe ser visto como imperiosa necesidad de **compartir con otros** lo que a mí me ha hecho tanto bien, pues no debo olvidar que forma parte esencial de mi ministerio aquello de, *contemplata aliis tradere*.

En Archena-Murcia (España) 29 de mayo de 2017